

## CAPÍTULO XIII.

Medidas higiénicas.—Creación de los canales de Rubango.—Invención del jabón.—Establecimiento de un lavadero público y del lavado obligatorio nacional.

Uno de los puntos en que la nación maya dejaba más que desear, era el de la higiene pública y privada. Fuera de los edificios jamás se había adoptado medida alguna de aseo, y dentro de ellos la limpieza tenía lugar muy de tarde en tarde. En cuanto á las personas, algunas acostumbraban á bañarse, y había también mujeres que, no pudiendo hacer esto, se lavaban de vez en cuando; pero en general se huía el contacto del agua. Las túnicas servían sin interrupción meses y años, y sólo en contadas casas se tenía la buena costumbre de lavarlas, aunque con resultados muy deficientes por escasear el agua en las ciudades. Los siervos la recogían del río, de los arroyos ó de las lagunas en vasijas de barro, y la traían á domicilio para el gasto diario; los sobrantes eran vertidos en un hoyo ó pilón abierto en el patio de los harenes, en el que las mujeres mojaban las telas, para secarlas después al sol.

Era, por lo tanto, de urgente necesidad traer á las ciudades agua corriente; en algunas no era po-

sible por no haber otra que la de las charcas; pero en la mayor parte bastaba desviar el curso de los arroyos, y en casi todas las de la margen izquierda del río, y en Maya, podía tomarse el agua de éste. Me parecía imposible que ni los incendios, ni las sequías, ni las molestias de ir y venir continuamente con los ganados ó con las cazuelas, hubieran abierto los ojos de los indígenas y les hubieran hecho ver la conveniencia de una operación tan fácil como abrir boquetes en el río y dejar que el agua por sus propios pasos viniera á las ciudades cuando fuere menester. La razón de ello era, sin embargo, muy fuerte, y para dominarla tuve yo que sostener una lucha gigantesca. Decía la tradición que en el Unzu había existido en el tiempo una gran ciudad, cuyos habitantes intentaron, hace ya muchísimos años, robar las aguas del río; por lo cual éste, irritado, desbordándose, la destruyó en una sola noche y se quedó dormido encima de ella para que jamás volvieran á verla ojos humanos. Tal vez en el fondo de esta leyenda se oculte algún hecho histórico; los mayas la aceptaban como artículo de fe y sentían invencible temor á tomar aguas del río. Aunque las cosechas se perdieran por falta de lluvias, no se atrevían á abrir tomaderos ni canales para regar sus sembrados.

Yo acudí al supremo recurso de decir que las aguas serían conducidas debajo del cadalso donde se celebraban los afuiris y que Rubango se las bebería. Así se aplacaría su furor y sería más benigno con los hombres. Mi intento era encauzar las aguas por la colina, hacia los lugares sagrados, para darles después la salida, aprovechando el desnivel

del terreno, por debajo de la catarata. Después, cuando se familiarizaran con el agua y perdieran el miedo á las inundaciones, abriría á la derecha de la acequia primitiva una secuela que penetrara dentro de la misma ciudad. No faltaron profetas de males, y el día de la apertura de la acequia, que fué día muntu, la población en masa seguía mis pasos y observaba mis últimas maniobras llena de cobarde curiosidad. Tales maravillas me habían visto hacer, que, dominando sus temores, todos querían asistir á la realización del nuevo milagro. Las aguas, sumisas, siguieron el curso previamente trazado en la colina, entraron bajo la plataforma de Rubango, y salieron después más negras, según el testimonio unánime de los espectadores, para continuar su camino y precipitarse al pie de la gran catarata. Y no sólo ocurrió esto, sino que después anuncié que iba á suspender el curso de las aguas, y subiendo hasta el tomadero eché la compuerta preparada para el caso, la retapé con broza y dejé el cauce en seco. Estos acontecimientos produjeron un pasmo general.

Al cabo de algún tiempo conseguí abrir el segundo canal, al que se llamó pomposamente, así como al primero, canal de Rubango; era una atarjea ó canalizo de dos palmos de profundidad, por cuatro de anchura, que atravesaba la ciudad por el centro, y describía después una curva hacia la izquierda, para juntarse con la acequia madre bajo el mismo altar de los afuiris. Las ventajas de tener agua corriente á mano eran tales, que hubo que abrir cinco nuevos canalizos como el primero para surtir todos los barrios. En las plazas públicas hice

grandes estanques, que sirvieron de abrevaderos públicos y de escuelas de natación, donde los ne-grillos ensayaban sus fuerzas, sin peligro, antes de lanzarse á nadar en el Myera.

Como mi pensamiento era acostumbrar á los mayas á la limpieza del cuerpo, preparación muy conveniente para limpiar después sus espíritus, la conducción de las aguas no era más que la mitad del camino que había que recorrer, si bien una mitad no despreciable. Sin ir más lejos, se había conseguido purificar la corte, centro del poder y albergue de las instituciones más altas del país, de muchas inmundicias que antes atormentaban los ojos y las narices, y que ahora las benditas aguas arrastraban en su carrera. Para los indígenas, sin embargo, este detalle valía bien poca cosa, porque carecen del importante sentido del olfato. Ven muy bien y oyen regular, pero huelen y gustan muy imperfectamente. Se había conseguido también adelantarse algo en el aseo de los hogares, no habiendo ya miedo á gastar agua sin medida, y, por último, se habían generalizado los baños. Cerca del templo del Igana Nionyi las aguas formaban un tranquilo remanso, agrandado más cada día, y el muntu, una de las distracciones favoritas, fué con el tiempo bañarse las mujeres y verlas los hombres nadar y hacer juegos acuáticos. Esta diversión no era inmoral, como pudiera creerse, porque los hombres están habituados á ver á las mujeres desnudas en sus harenes, y las mujeres están acostumbradas á ser vistas de los hombres; se mira allí una mujer desnuda con menos malévolas intenciones que en Europa la mano ó la cara de una mujer vestida, y la mujer

se exhibe sin malicia, á lo sumo deseosa de que su figura agrade y le atraiga un buen esposo.

Lo que seguía sin enmienda era el abandono pesimista de las túnicas. Estas eran muy resistentes, y la práctica más general era apurarlas sin lavarlas. Aunque las lavaran, como era con agua sola y con mucho retraso, no se conseguían mejoras sensibles. Agréguese á esto que el alumbrado era de teas muy resinosas, cuyo humo tiznaba tanto como el hollín, y se comprenderá que con estas costumbres los mayas debían estar sucios y asquerosos, siendo necesaria mucha grandeza de alma para vivir entre ellos y para amarles como á hermanos. Yo no desesperé de mejorar su exterior, como tampoco desesperaba de mejorarlos por dentro, y lleno de fe emprendí la fabricación de jabones. Los hice duros y blandos, de sosa y de potasa; comunes para el lavado de la ropa, y finos para el lavado de las personas; los hice también de esencias para mis mujeres, cuyo olor me mortificaba fuertemente, y más tarde para otras personas que aprendieron á olfatear. Hay en el país muchas vides silvestres, cuyos pámpanos dejan cenizas muy cargadas de potasa, de las que me serví con preferencia para fabricar el jabón, pues con ellas se hacen lejías excelentes; como grasas, utilicé varios aceites, en primer término el de palma, que abunda por todas partes. La clase común la hacía de ordinario con una mezcla de sebo y de aceite de palma. En una sesión nada más hice próximamente quince arrobas de pasta suave y acaramelada, con la que se podía lavar todas las túnicas de la nación.

Pero lo más importante era organizar el lavado.

Los hombres no sabían lavar, y de las mujeres, contadas eran las que habían tenido en sus manos una túnica para zapatearla. Y en este punto, la dificultad eterna era la incomunicación del sexo femenino. Era muy complicado repartir agua corriente á domicilio, porque los canales abiertos llevaban muy poca y no se disponía de aparatos elevadores; el único que introduje mucho después, fué la noria para facilitar los riegos; la conducción del agua á mano exigía depósitos para conservarla, lavaderos de madera ó piedra, y caños de agua sucia. Lo más sencillo hubiera sido que las mujeres salieran á la calle á lavar en los canales; pero en esto no había que pensar, porque la experiencia me había demostrado que las reformas que alteraban en el fondo las costumbres estaban condenadas á un seguro fracaso.

Por todos estos motivos, antes de emprender la apertura de los canales y la fabricación de los jabones, había yo compuesto mi plan, que abarcaba varios extremos y que resolvía de plano todas las dificultades. Mil veces me había entristecido el espectáculo de las pobres mujeres condenadas á trabajos forzados en las haciendas del rey. Su delito era por lo común la holgazanería, la esterilidad ó el adulterio, y más que todo, el ser feas, puesto que, siendo bellas, nunca carecían de protectores que las adquiriesen como esposas. Muchas de ellas eran ancianas, y arrastraban penosamente los últimos años de su vida bajo los rayos del sol, con el punzón de hierro en la mano abriendo agujeros para la siembra; las más fuertes manejando un largo almocafrón, que sirve para cubrir los agujeros

ros y remover un poco la capa laborable, ó el cuchillo corvo, en forma de hoz, empleado para la siega, ó acarreando al palacio real gavillas y haces de leña. Aunque el rey cedía á estas pobres mujeres por muy poco precio, yo no me atreví á liberarlas, porque la faena que juntamente con los accas cumplían era utilísima é indispensable para la vida nacional, y si no iba á cargo de ellas, recaería sobre otras personas tan infelices como ellas mismas; pues siempre el buen orden de la república exige que haya quien trabaje por los que, ocupados en las altas cosas del espíritu, en los manejos del gobierno, en las ciencias y en las artes, en sostener la guerra y en negociar la paz, en presidir el orden de sus palacios y en ser ornamento de las ciudades, no tienen tiempo libre para procurarse los elementos materiales de la vida.

Por fortuna, la laboriosidad de los accas era ejemplar, y desde su llegada, los pedagogos habían podido aflojar la mano y condenar menos mujeres á los trabajos agrícolas; antes sí era preciso condenar, á veces sin motivo, para que la hacienda del rey no padeciera. Yo concebí el noble propósito de acabar para siempre con el rudo trabajo de las mujeres delincuentes dedicándolas á una tarea más dulce, al lavado de la ropa sucia de las ciudades. Por lo que toca á la corte, Mujanda no era muy favorable á mis ideas en este punto; pero yo le acallé asegurándole que el nuevo trabajo le produciría tantos beneficios como el antiguo. Hacía falta un local para lavadero público, y yo había pensado desde luego en el vacío palacio de los uagan-gas, que me pareció que ni pintado para el caso.

En primer término, lo recomendaba su situación céntrica y despejada; después su mismo orden arquitectónico, que permitiría al público presenciar las faenas desde la calle, y sobre todo, la proximidad de una de las escuelas de natación, de donde fácilmente podría tomarse el agua necesaria. El rey no opuso reparo á mi proyecto, y la única objeción partió del consejero Asato, que, por lo que vi, deseaba destinar el local para alojamiento de las caballerías de los numerosos uagangas que el día marcado para las reuniones llegaban de todas las partes del reino; pero el rey manifestó que en su inmenso palacio cabían (y esto era exacto) todas las del país, y mi propuesta fué aprobada.

Auxiliado por el listísimo Sungo, yo mismo me encargué de transformar el palacio de la manera conveniente. Se respetaron los bancos adosados á las paredes para que en ellos pudieran descansar las fatigadas lavanderas, y el dosel, debajo del cual pusimos el remojadero de la ropa sucia; se abrió una zanja en forma de herradura, y ancha, para que pudieran lavar arrodilladas las mujeres, por dentro y por fuera de ella, y se colocaron cien piedras inclinadas, como es costumbre ponerlas en los lavaderos. El agua limpia entraba por la puerta principal, desde el estanque de la plaza, y se repartía por los dos callos de la herradura, y la sucia escapaba por la curva, para caer en el canal primitivo de Rubango. Las cuatro puertas debían permanecer abiertas para la mejor ventilación, y las operaciones serían públicas, para que las personas interesadas pudieran presenciar el lavado de sus prendas.

El consejero y calígrafo Mizcaga se encargó de redactar el edicto estableciendo el lavado nacional. Cada jefe de familia estaba obligado á entregar, por turnos mensuales, su ropa sucia, que le sería devuelta en el mismo día convenientemente lavada. Todas las mujeres condenadas á trabajos forzados en la actualidad y en lo sucesivo serían lavanderas públicas, alimentadas á expensas del rey, y éste, en cambio, recibiría de seis en seis muntus una cabeza de ganado por cada casa de la ciudad; las casas pobres, aunque albergaran varias familias, darían sólo una cabra; las ricas una vaca. Los que cumplieran estos preceptos serían gratos á Rubango, y evitarían enfermedades y miserias.

Este edicto circuló por todo el país, y los reyezuelos se apresuraron á cumplirlo por la cuenta que les tenía. Los efectos se sintieron, sin embargo, muy poco á poco, porque las ventajas para el público eran imperceptibles; sólo la costumbre de ver á los más avanzados con túnicas lavadas, sobre las que resaltaban mejor los colores y dibujos, y la satisfacción con que en tiempo caluroso se notaba la frescura de la ropa limpia, decidieron lentamente el triunfo del aseo personal. Cierto que algunas tinturas se perdían con el lavado, que otras bajaban de color y que había que repetir las operaciones del tinte; pero éstas se habían vulgarizado, todos tenían prensas estampadoras, y lo único costoso, las tinturas, seguían saliendo de mi laboratorio. El tropiezo, por lo tanto, no fué de gravedad. En muchas ciudades dirigí yo personalmente los trabajos de apertura de los canales ó de desviación de las aguas, y las instalaciones de lavaderos,

y para enseñar á lavar fueron enviadas algunas maestras de la corte.

En ésta, la acción inmediata de las instituciones apresuró la victoria del jabón. El día de la apertura del lavadero público, que coincidió, por cierto, con el segundo alumbramiento de la flaca Quimé y la venida al mundo del séptimo de mis hijos, fué de gran expectación. Ochenta mujeres eran entonces las condenadas, y las que entraron en el lavadero, abierto de par en par por los cuatro costados, á las miradas del público. Muchas de ellas no habían cogido jamás un trapo en sus manos, y ninguna tenía la más ligera noción de lo que allí iba á ocurrir. Bajo el antiguo dosel estaba en remojo la ropa que había de lavarse: la de la casa real. El rey, los consejeros y las demás autoridades ocupaban las primeras filas de la numerosa asistencia. Yo cogí una túnica del rey, que fué de color de caña, y que ahora, después de usada á diario durante los seis meses de viaje (fuera de los momentos solemnes, en que se ponía la verde y roja), parecía una negra sotana, y descendiendo de las alturas de mi pontificado para enseñar á las que no sabían, tomé una pellada de blando y acaramelado jabón, y enjaboné la túnica para comenzar á desmugrarla. Bien pronto el jabón levantó espuma, hasta cubrir por completo la tela; los espectadores observaban maravillados el fenómeno, y noté que no cesaban de mirarme á la boca.

Mientras daba esta primera vuelta, las futuras lavanderas ponían especial cuidado en aprender el modo de sacar espuma, que, según les dije, era lo esencial de la operación. Tres enjabonaduras dis-

tintas di á la túnica, porque, no pudiendo pasarla por la colada, había que cargar la mano en el jabón, y, por último, la zapateé con agua sola y la ondeé con gravedad, para imprimir cierto carácter litúrgico á mi labor. Cuando la ondeaba cogí una pompa de jabón, y, soplándola, la puse del tamaño de una naranja; la pompa se escapó de mi mano, y, por raro azar, antes de deshacerse ascendió un breve espacio. Entonces les dije que así habían hinchado á Igana Nionyi para que volara al firmamento, y paréceme que por primera vez los que me escucharon creyeron con verdadera fe en la ascensión del hombre-hipopótamo y en las aventuras que, según Lopo, le habían sucedido. Así, por la trabazón natural que entre sí tienen los hechos reales y los ideales, mi maniobra grosera é indigna de ocupar la atención de un legislador, servía para enaltecer las ideas religiosas de todo un pueblo y para consolidar sus vacilantes creencias. Quitando la suciedad de sus ropas, limpiaba de dudas sus entendimientos.

Al cabo de media hora de trabajo, que me hizo sudar copiosamente, di por terminada mi faena. No quedó la túnica de Mujanda blanca como el armiño, mas para los indígenas debía parecer de una blancura inmaculada, pues de seguro, ni por obra de la naturaleza ni por obra de la industria, se presentó jamás á su vista nada comparable. En estos países no nieva, y la leche, por la calidad de los pastos, es de color muy amarillento. Puesta la blanca túnica sobre la negra piel, realzaba vigorosamente la belleza de los indígenas por el vivo contraste de los colores y les alegraba con ese es-

tremecimiento espontáneo de alegría que produce la blancura, símbolo de la vida. Los poetas caseros sacaron gran partido de este contraste; y se valieron para representarlo de mil comparaciones caprichosas; la más exacta y la más poética fué original de un joven siervo de Mujanda, que para celebrar al día siguiente la aparición de su señor con la túnica lavada por mí, compuso una canción en que le llamaba «árbol de fuerte tronco, envuelto en una nube blanqueada por la luz de la luna llena».

Para la segunda parte del ensayo, cada mujer tomó una túnica y ocupó su sitio, de rodillas, junto á las piedras de lavar, con las cazuelas del jabón al lado. Todas á un tiempo comenzaron á untar el jabón y á restregar las telas, demostrando poca memoria pero no común habilidad. Yo recorría las filas, exhortándolas á apretar bien los puños, á volver las prendas por todas partes, á distribuir la espuma equitativamente, para que la mugre desapareciera por igual, y ellas obedecían con prontitud y aprovechaban bien mis lecciones. Una joven condenada por glotona, según supe después, no sólo aprendió en el acto á lavar con perfección, sino que daba lecciones á sus compañeras como una maestra consumada, por donde yo vine á entender que quizás en el fondo de la naturaleza de las mujeres haya cierta particular ó innata aptitud para el lavado, ya que tan sin esfuerzo lo dominaban. Ciertamente, si en lugar de mujeres hubieran sido hombres mis discípulos, no habría triunfado yo con tan poca molestia. Como premio á la precocidad de la joven glotona, llamada por el bello

nombre de Matay, «la bebedora de leche», la rescaté en el acto por dos cabras, y, además de elevarla á la dignidad de esposa, la nombré mi lavandera familiar. Aunque yo estaba, como todos, sometido á la ley, y debía entregar mis ropas á las lavanderas públicas, esto no se oponía á que para el aseo de mi persona tuviera una mujer hábil que lavase á diario las ropas de mi uso, siquiera fuese á costa de un excesivo derroche de alimentos.

De esta manera se inició en la corte de Maya el lavado con jabón, una de las glorias más puras del glorioso reinado de Mujanda.

## CAPÍTULO XIV

Nuevas costumbres políticas.—Intervención de la mujer.  
—Camarillas palaciegas.—Luchas provocadas por la infecundidad de Mujanda.—Relación del embarazo y alumbramiento de la vieja Mpizi.

La centralización del poder traía consigo grandes bienes. Todas las discordias, que antes vivían desparramadas por la faz del país, se concentraron en la corte; los ciudadanos que, apartados de la escena política, peleaban por motivos fútiles, por la caza ó por la pesca, por el aprovechamiento de los ríos ó de los pastos, tenían ahora un asunto más elevado en que poner sus miras: el gobierno en cualquiera de sus órdenes y grados. Predominando antes el principio de la herencia, las luchas políticas eran familiares y se reducían al cruce de influencias de las mujeres para que sus hijos, si había varios, fuesen los preferidos por el padre; éste elegía á su arbitrio, y aplacaba los enojos con medidas de orden puramente doméstico. Raro era el caso de que el rey impusiera á las localidades reyezuelos de su familia, porque los miembros de ésta preferían vivir en la corte á expensas de su pariente y soberano. Algunos aficionados á las ar-

mas obtenían cargos militares; otros ejercían cargos palatinos puramente decorativos. Durante el reinado del cabezudo Quiganza, una sola excepción hubo á esta regla: el nombramiento de su hermano Lisu, el de los espantados ojos, para Mbúa; pero fué á petición de esta ciudad, y luego que Lisu derrotó al jefe rebelde Muno, el de los grandes labios.

El nuevo sistema cambiaba de arriba abajo todas las relaciones sociales. La lucha era ahora por obtener el favor del rey, del dispensador exclusivo de mercedes. Los reyezuelos habían aceptado gustosos que se les privara de la facultad de transmitir su cargo por herencia y de nombrar sus subordinados, viendo la compensación de una mejora inmediata, de un traslado favorable ó de un ascenso á otra categoría; al mismo tiempo intrigaban para que sus deudos ocuparan los puestos vacantes. Del mismo modo, en todas las clases sociales, las aspiraciones hábilmente despertadas habían cegado los ojos para que no viesen lo que el interior de mi reforma contenía: un despojo de atribuciones en beneficio del poder central y en beneficio del país, si el rey sabía imponerse y dirigir todas las energías perdidas á fines útiles para la patria.

Mas por lo pronto ocurrió, y así tenía que suceder, que todos los que aspiraban á elevarse y todos los que se oponían á que otros se elevaran, esto es, la totalidad de la nación, dirigieron sus tiros contra el rey, y como el rey se escudaba con sus consejeros, contra los consejeros. No se tardó en comprender que la fuente de los milagros era el rey en apariencia, y el Igana Iguru en realidad.

En la nueva organización el rey no conservaba más que dos prerrogativas: oír á los uagangas, silbarles y acogotarles, y decidir con su voto en los consejos, cuando hubiera entre los consejeros lo que no habría nunca: empate. En una sola ocasión, con motivo de la apertura del lavadero público, el consejero Asato había estado enfrente de mí; á lo sumo, podía temerse que otro consejero, Menu, fuera en un momento crítico desleal á mi causa; pero siempre me sostendrían, sin vacilaciones ni veleidades, los otros cuatro: mis dos hijos Sungo y Catana, el pedagogo Mizcaga, hechura mía, y Quiyeré, el de las descomunales patazas, padre de la bella Memé. En cuanto á los uagangas, la mayoría era adicta á mi persona y á mi parecer, porque yo me granjeaba sus voluntades con atenciones y regalos; y aparte de esto, sus deliberaciones continuaban siendo platónicas. Los acuerdos efectivos arrancaban sólo del consejo.

Aunque la influencia del rey fuera tan limitada, había, no obstante, una excepción; el rey contaba con un recurso supremo, del que era propietario exclusivo: la legitimidad y el extraño poder que ésta ejerce sobre el pueblo y las autoridades. A una palabra de Mujanda, todos los mnanis estaban dispuestos á prender y á decapitar no importa á quién, al mismo Igana Iguru. En cambio yo, poseedor real del poder, no hallaría en parte alguna quien se prestase á matar á Mujanda. Tendría para ello que promover un levantamiento, destronarle y darle la muerte cuando estuviera caído. Por fortuna, la mediación de la reina Mpizi me aseguraba el favor del rey, y el interés de éste era dejarme vivir

para enriquecerse con mis inventos y mis ingeniosos arbitrios.

Resultaba de aquí un dualismo en el gobierno y un dualismo en el juego de las influencias: los unos se dirigían á mí por lo que yo hacía, y los otros al rey por lo que podía hacer; y para los asuntos de menor importancia, á los consejeros, que, á cambio de su adhesión personal, justo es que fueran un poco atendidos. Mas como no siempre las pretensiones podían ser satisfechas, los desesperanzados acudían á otros medios más enérgicos que la simple petición, y en pocos días de nuevo régimen fueron peritísimos en las artes de la corrupción, del soborno, de la seducción y del cohecho. Para ejercitarlas utilizaban, como materia más blanda y dúctil, á la mujer, que adquiría á ojos vistas una gran importancia: el uso de las túnicas de colores y de los sombreros las había embellecido, el de los baños las había purificado, y el del jabón las hizo casi omnipotentes. A ellas se enderezaban las súplicas y los regalos, y ellas escuchaban las unas y se guardaban los otros, decididas á abogar por los obsequiosos suplicantes.

Yo pude convencerme de lo difícil que es resistir las seducciones de las mujeres. Más de veinte pedagogos locales pretendían suceder al calígrafo Mizcaga y al prudente Uquima, y, á falta de precisión en la antigüedad de los servicios, la elección recayó sobre un hijo del desleal reyezuelo Muno, impuesto por mi sensual esposa Canúa, la cual había pertenecido antes á Lisu, el de los espantados ojos, y antes que á éste á Muno, el de los grandes labios, y sobre un hermano de la tejedora Rubuca,

recomendado por ésta al rey. Quedaron dos vacantes de pedagogo en Mbúa y Cari, y fueron: la de Mbúa, para un hijo de la misma Rubuca y del heroico y orejudo consejero Mato, y la de Cari, para un primo de mi flaca esposa Quimé, siervo pedagogo del reyezuelo de esta ciudad. El nombramiento del hijo de Rubuca dió mucho que decir, porque se toleró que el joven presentase cuatro loros en vez de seis, y además se susurraba que no habían sido amaestrados por él.

En esta lucha de influencias las mujeres se dividían en bandos alrededor de las favoritas. Contra la costumbre, yo no hice jamás designación especial de ellas; pero de hecho resultaban designadas por el grado de afecto que cada una merecía y por su fecundidad. Mi criterio se guiaba por los méritos de cada mujer, más por los del alma que por los del cuerpo, por ser éstos escasos en todas ellas para un hombre de mi raza. Primeramente distinguí á la esbelta Memé, la cual las superaba á todas por la regularidad de las formas y por la vehemencia del carácter; luego á la flaca Quimé, cuya sensibilidad artística me parecía maravillosa para haberse desarrollado en la vida servil, entre los zafios pastores de Cari; la sensual Canúa atesoraba grandes bellezas plásticas, tenía excelentes aptitudes para los juegos mímicos y era fecundísima. Ella sola, en menos de tres años que iban transcurridos desde mi llegada, me había hecho padre de tres hijas, dos de ellas gemelas; Quimé había tenido una hija y un hijo, y Memé uno solo, en el destierro. Nera, al morir, me había dejado otro, que murió, y asimismo murieron, arrastrando consigo á sus

madres, dos más, nacidos de dos diferentes reinas accas. De mezcla acca no salió adelante más que uno, llamado á desempeñar un gran papel en la historia nacional, é hijo de la reina Muvi, mujer tan pequeña por el cuerpo como grande por el corazón. Éste fué mi hijo predilecto; era enanillo como su madre, más negro que sus hermanos, y tan vivaracho que le puse el nombre de Tití. Los otros seis, y muchos más que llegué á reunir, eran de un tipo mulato muy semejante al gitano puro; aun siendo pequeños, dejaban ya ver, y creo que con el tiempo lo demostrarán, que eran inteligentísimos por efecto del buen cruce de razas. El primogénito, el de Memé, el más parecido á mí, era tan grave y reservado que no quería hablar nunca, razón por la cual (así como por ser el mayor) le di el nombre de Arimi, que en mi idea quería decir: niño elocuente por su silencio.

En torno de las tres madres se agrupaban, según sus simpatías, todas mis mujeres, así como las siervas reconocían la superioridad de Muvi. Las antiguas mujeres de Arimi seguían fieles á Memé. Canúa capitaneaba el bando más numeroso. Quimé era la más modesta, y aunque tenía sus partidarias, se inclinaba al bando de Memé, su protectora. Más tarde hubo una nueva y turbulenta parcialidad con la llegada de la revoltosa y glotona Matay, la lavandera, que llegó á ser madre de cuatro hijos y una de las favoritas. Pero igualmente cuando eran dos que cuando eran tres los bandos, mi táctica prudente y mi enérgica severidad redujeron las animosidades á su menor expresión. Un medio de que me valí, con éxito, para sostener el orden en mi

casa y para influir de rechazo en la de los demás, fué la renovación continua de mi harén. Las mujeres que eran madres y las del difunto Arimi, demasiado viejas para mi objeto, quedaban como base inamovible de mis combinaciones; pero las demás eran regaladas por turno, cuando adquiría otras en sustitución. El rey, los consejeros, los reyezuelos y algunos uagangas distinguidos tuvieron en sus harenes alguna mujer que había sido mía, y que, por haberlo sido, ocupaba un lugar preeminente, si no el primero. Así afianzaba yo mi influencia y ganaba buenas amistades y adquiría fama de rectitud, por ser mi conducta desacostumbrada en este país, donde los más altos tienen el prurito de arrebatar sus mujeres á los más bajos. Con mi liberalidad yo nada perdía, pues mis mujeres eran siempre cincuenta, límite máximo que voluntariamente me impuse y que nunca traspasé, y para renovarlas contaba con los milagrosos rujus.

Mucho contribuyó también á modificar los malos hábitos de mis mujeres el de comer todas á la misma mesa y sin privilegios irritantes. En este punto conseguí verdaderos triunfos; uno de los motivos más fuertes de la oposición contra las comidas familiares, se recordará que fué el odio á codearse demasiado con los accas; yo realcé cuanto pude á los infelices enanos, y llegué hasta á sentar á la mesa común, sin protesta de nadie, á la reina Muvi cuando fué aceptada por mí como esposa. Séase por el poco amor que yo les demostraba, séase por mi raro aspecto y por las nebulosidades de mi historia, todas mis mujeres me tenían una suerte de veneración, rayana en el amor místico.

No sucedía así á Mujanda. Yo, incapaz de apasionarme de ninguna de mis mujeres, las consideraba como un medio de diversión y pasatiempo, usado, es verdad, con mucha humanidad y tacto. Mujanda, poseído de su papel, y tomando la comedia por realidad, concebía amores súbitos, hoy por una, mañana por otra de sus mujeres. Además, el harén real era cuádruple del mío y muy heterogéneo; en él se veían, como en las formaciones geológicas, las diversas capas, superpuestas y perfectamente separadas, que lo habían ido formando. La sultana Mpizi tuvo muchos hijos, de los cuales el único sobreviviente era el débil Mujanda, al que quería con pasión y al que gobernó á su antojo hasta la edad de veinte años. En este tiempo, que fué el de mi llegada al país, el príncipe tomó su primera esposa, Midyezi, «la bebedora de agua», hija mayor de Memé. Suegra y nuera habían vivido en el destierro de Viloqué, formando el nucleolo del harén de Mujanda, y continuaban estrechamente unidas.

La segunda capa estaba formada por los restos del antiguo harén del cabezudo Quiganza, cuyas mujeres é hijas habían pasado á poder de Mujanda, después que éste fué proclamado rey. Sólo la madre del consejero Asato pasó á poder de su hijo, y la descendencia de la gorda y malograda Mcazi al del abuelo Mcomu, á la sazón reyezuelo de Ruzozi. Todas las demás mujeres pertenecían á Mujanda, y formaban un fuerte bando, cuya cabeza visible era la obesa Carulia, que había sido madre de doce hijos, y rival, por la cantidad de sus carnes, de la difunta Mcazi. Carulia profesaba odio mortal

á su suegra y se sentía mortificada por su postergación, dado que el nuevo rey, sin hacer ascos á la abundancia excesiva de carnes, era menos esclavo de éstas que su tío, y se inclinaba en favor del tipo que yo he llamado etiópico. Por esto su íntima favorita era la tejedora Rubuca, capitana del tercer bando, compuesto, en su casi totalidad, por mujeres de los dos harenes de Viaco, antes y después de la revolución, así como por las confiscadas al dentado consejero de Menu. A pesar de sus cuarenta años y de sus ocho hijos, no dejaba Rubuca de tener seducciones, aparte de la no pequeña de ser matadora de un usurpador. Era una mujer del mismo corte que Memé, y mantenía á raya el bando de la obesa Carulia, siquiera éste fuese más numeroso. Había, por último, una cuarta camarilla, la de las provincianas regaladas al rey en sus viajes, dirigida por la simple Musandé, hija predilecta del carnoso Niama, reyezuelo de Quetiba. Este bando, menos diestro en las intrigas de la corte, se aliaba de ordinario con el más pobre en número y rico en influencia, el de la sultana Mpizi.

Tan discordes elementos, excitados por las torpezas y por las parcialidades del rey, se hacían cruda guerra, y las rivalidades se acrecentaban con la incertidumbre del porvenir. El rey no había tenido hijos, ni se esperaba que los tuviera, y la idea fija del harén era averiguar qué se haría en caso de morir Mujanda. A falta de sobrinos, de hijos y de hermanos, caso nuevo en la historia dinástica de la prolífica nación, ¿quién sería el heredero? ¿Asato, hijo mayor, ó Lisu, hermano

menor de Quiganza? Mpizi y la camarilla de Muisandé estaban por éste; la camarilla de Carulia, por aquél. Rubuca confiaba aún en la juventud y larga vida de Mujanda, y se mantenía indecisa. Ni una sola voz se levantó en defensa del principio de libre elección, por donde se comprenderá lo arraigado que está en este país el amor á la monarquía hereditaria. Desgraciadamente, la creencia de que el rey no estaba llamado á ser padre era tan ciega, aun en el ánimo del rey mismo, que todo rumor de embarazo daba lugar á imputaciones calumniosas y recrudecía los odios.

Hubo tres falsas alarmas: la primera de Rubuca, que fué á manchar la limpia reputación del listísimo Sungo; otra de Mbusi, hija de Mtata, reyezuelo de Misúa, antigua esposa del heroico y orejudo Mato, con cuyo motivo no quedó bien parado el mímico Catana, y la última de Risoma, que tuvo un desenlace trágico. Esta Risoma, llamada así porque padecía de denteras y se las curaba mascando «salitre», era, como Mbusi, del bando de Rubuca, pero procedente del harén del dentado Menu, y fué acusada por sus celosas compañeras de querer introducir un heredero en la familia real con auxilio del consejero Menu, su ex-sobrino político. A mi juicio, la acusación era falsa como las anteriores, porque ofensa tan grave, ni podía caber en la mente de un consejero, ni era de hecho posible, dada la vigilancia de las camarillas; además, los acusados negaban, prueba plena en el procedimiento penal maya, y el embarazo no era visible; pero á instancias del rey, al que parece que molestaba el rechinar de dientes de la malaventu-

rada Risoma, tuve que condenar á muerte á los presuntos adúlteros. Un uaganga, Rizi, el más bello de los hijos del valiente Ucucu, sustituyó á Menu, y la posibilidad del empate entre consejeros se alejó hasta perderse de vista.

Cuando los ánimos estaban más empeñados en resolver el pavoroso problema de la sucesión de Mujanda, una noticia imprevista vino á cortar de raíz todas las querellas: la noticia del embarazo positivo é innegable de la sultana Mpizi, de quien nadie, á sus cincuenta y pico de años, esperaba este alarde de fecundidad. La nueva fué acogida por la nación con entusiasmo, y por mí con orgullo, porque veía la posibilidad de que naciera un varón y de que un hijo mío fuese rey de Maya. Sólo me entristecía el pensar que este hijo, si es que era hijo, fuera tan inteligente como sus hermanos; porque en la nueva organización política, un rey inteligente sería peligroso, y lo esencial, el bien de la patria, tendría mucho que padecer. Desde que los primeros rumores circularon hasta el día del alumbramiento, los bandos políticos estuvieron como adormecidos, y el pueblo esperaba con ansiedad la llegada del día muntu para recrearse en la contemplación del vientre, cada mes más desarrollado, de la vieja y engreída sultana. Allí en aquel vientre veían por entonces la representación de la legitimidad dinástica y de la paz social; y el mismo Mujanda se preocupaba mucho del desenlace de la preñez, deseando el nacimiento de un príncipe heredero, que por el solo hecho de ser dudoso, aventajaba á cualquiera de los dos conocidos, Lisu y Asato.

En Maya existe la costumbre, á mi juicio muy acertada, de que el marido haga de comadrón en los partos de sus esposas. El alumbramiento tiene lugar en el harén si es de día, ó en la sala familiar si es de noche, y todas las mujeres rodean á la parturienta para asistirle en caso necesario y para presenciar la aparición del nuevo ser. No es que haya temor á un fraude, á una ficción de parto ó á una sustitución de personas; aunque adelantados los mayas, no conocen aún estos progresos jurídicos; es que hay vivo deseo de ver el sexo á que pertenece el recién nacido, porque al sexo está ligado muchas veces el porvenir de una familia, y tratándose de Mpizi, el porvenir de una nación. Como yo no podía entrar y salir libremente en el harén real, y menos en la sala de familia, si el parto se presentaba por la noche, la sultana decidió vivir en mi casa los últimos días de su gestación. Realmente ella era mi esposa legítima, por haber dado Mujanda su beneplácito á nuestro enlace; pero el cambio de domicilio no había tenido lugar porque el que debía reclamarlo era yo, y jamás quise hacerlo, temeroso de enajenarme las simpatías del rey, amantísimo de su madre, y las de la misma Mpizi, para quien la mudanza significaba un descenso de categoría. Los partidarios de que las cosas vayan siempre por la línea derecha no comprenderán ni aprobarán este irregular concierto, mezcla de matrimonio y barraganía, del que sólo podía nacer un gravísimo desdoro para las instituciones; pero la vida es así, enemiga de lo simétrico y fecunda en formas nuevas é inadaptables á los patrones usados de ordinario. El fondo es el que continúa

siendo eternamente igual; y el fondo en la unión del hombre y de la mujer, ya con arreglo á un modelo, ya con arreglo á otro, es la procreación de un nuevo organismo viviente, el cual, si tiene la fortuna de nacer varón y en las raras y felices circunstancias en que iba á venir al mundo el hijo de Mpizi, tiene grandes probabilidades de heredar una corona y de regir cerca de medio millón de sus semejantes.

Realizóse la mudanza, y á los seis días el fausto acontecimiento. Cuando la descuidada ciudad dormía á pierna suelta, en la mansión del Igana Igruru todo el mundo velaba alrededor de Mpizi, hasta que ésta, á las altas horas de la noche, pudo dar á luz, sin señales de gran molestia y en medio de nuestros solícitos cuidados, un hermoso príncipe, que fué confiado á los desvelos de la reina Muvi, en tanto que la parida y mis demás mujeres se retiraban á sus alcobas á descansar. Muvi amamantaba aún á su hijo Tití, entrado en el sexto mes de edad, y aunque enana, era tan buena criadora que la elegí para que diera las primeras veces al recién nacido. Yo me quedé acompañándola todo el resto de la noche, porque la escena á que acababa de asistir me había producido mucha impresión y me había ahuyentado el sueño.

Esta elección mía fué uno de esos misteriosos acaecimientos en que los espíritus más incrédulos reconocen la mano providencial que rige los destinos del mundo y de las naciones; á no ser por ella, las esperanzas de los mayas hubieran sido frustradas, y la paz del reino puesta en peligro. No sé si por falta de desarrollo, muy justificada por la

edad más que madura de su madre, ó si por torpezas cometidas por mí, poco ducho en obstetricia, é incapaz, sobre todo, de hacer bien un ombligo, el príncipe que acababa de nacer fué tan poco viable que á las dos horas de venir al mundo dió su último y débil aliento en los brazos de Muvi. ¿Qué hacer en este angustioso trance? ¿Defraudar los sueños dorados de Mpizi y de toda la nación, alimentados durante tan largos meses? ¿Dejar que las camarillas y los bandos levantaran otra vez la cabeza y perturbaran el desarrollo normal de la vida política? Esto me pareció insensato mientras hubiera un recurso á mi alcance, é inspirándome en el bien de la nación concebí una idea patriótica: la sustitución del hijo de Mpizi por el de Muvi. Ambos eran hijos míos, ambos nacidos de reina y mulatos, y el enanito Tití, con sus seis meses, podía pasar por un recién nacido de raza común. Muvi era mujer capaz de comprender mi intento, y se sometió á mis mandatos con humildad, deseosa en el fondo de que mi fraude prosperara en bien de su hijo. En su vida de azares había aprendido á conocer la utilidad del engaño, al que á sabiendas quizás no se hubiera asociado ninguna otra de mis mujeres por falta de costumbre y de habilidad.

Muvi trasladó el cadáver de mi malogrado hijo á lo más oculto de su celda, y trajo á la sala familiar á mi otro afortunado hijo, al vivaracho Tití, y le envolvió en la misma tela que había servido para el primero. Por la mañana toqué el cuerno de búfalo, y mis mujeres pasaron al harén; pero á Mpizi le recomendé que no saliera de su cámara nocturna, y le di por compañera á Muvi, nodriza

interina del príncipe, al que la sultana colmó de caricias, sin que la temible voz de la sangre deshiciera nuestro piadoso engaño. Entretanto, la noticia del parto había corrido por toda la ciudad, y la multitud se agolpaba á mis puertas para cerciorarse del acontecimiento; el harén real ardía en deseos de conocer al príncipe; Mujanda vino á ver á su madre y á su hermano, y los consejeros llegaron detrás del rey, á excepción de uno de ellos, Asato, que sufría un acceso de furia y de desesperación. Para satisfacer la justa y general curiosidad, y para asegurar el éxito de mi fraude, á los cuatro días de repetirse estas escenas del día primero deslicé suavemente la idea de que Mpizi, cuyo estado era excelente, podía trasladarse, montada sobre el sagrado hipopótamo, al palacio real, donde se encontraría con mayores comodidades y con más decoro y dignidad que en mi mezquina casa. Así se hizo aquella misma tarde.

Yo en persona enjaecé la tranquila bestia con tal arte, que sus lomos, adornados con almohadas y telas, formaban un blando diván, nada impropio para servir de trono ambulante. Sobre él regresó al real palacio la reina Mpizi, llevando en los brazos al venturoso príncipe, que fué aclamado por las autoridades y por el pueblo bajo el nombre sonoro de Yosimiré, «dón precioso», prenda de concordia y de paz. Mientras tanto, la pobre Muvi, escondida en su celda con el cadáver del verdadero príncipe, se deshacía en alegres lágrimas, y reía y danzaba como una locuela.